

Domingo XXI Tiempo ordinario

Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b; Efesios 5, 21-32; Juan 6, 60-69

«¿También queréis marcharos? Simón Pedro le contestó: - Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios»

25 Agosto 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«Quiero creer sin nada que me dé seguridad. Creer en su poder por encima de mis miedos. Saber que siempre va a estar cerca de mí sujetando mis miedos. Me basta con saber que está a mi lado»

A veces la vida me abruma. Es como si tuviera que salvar el mundo y el mundo no se dejara salvar. Y yo sigo tratando de solucionar todos los problemas que parecen no tener solución. ¿Cómo se hace para vivir en el presente sin sentirme superado por las circunstancias? ¿Cómo hago para escapar de esa presión que otros o yo mismo me impongo? Me da miedo lo que pueda suceder. Es como si me hubieran dado el don de imaginar escenarios catastróficos en un futuro próximo que no logro controlar. ¿Cómo se logra la paz en el alma en medio de mil tormentas? ¿Cómo se resuelve el único problema para el que estoy preparado, vivir el ahora con alegría y paz? Ahora mismo sólo puedo enfrentar un problema a la vez. Lo que ahora me apremia. Sé que la vida es demasiado corta. Una persona recientemente fallecida era capaz de ver las cosas bonitas y sencillas de la vida, así me decían sus familiares. No se fijaba siempre en lo que estaba mal, en lo que se podía mejorar. ¿Existen estas personas en este mundo? Sí, las hay, conozco a algunas. Me decían que esta mujer siempre supo disfrutar cada momento y la cosa más mínima le maravillaba. Poseía una mirada pura e inocente. Tenía la capacidad de ver en un día gris mil colores. Siempre protegía al débil y no podía dejar a un lado a quien requería su ayuda. Era fuerte y firme en su fe, jamás buscaba la confrontación con nadie. Su vida fue un servicio constante hacia los demás sin esperar nada a cambio. Me conmueve esa forma de vivir. Disfrutaba de los días lluviosos. Se entregaba con alegría. ¿Dónde viven los que son así? Hay personas que son como ángeles o como hadas madrinas. Consiguen que los problemas de los demás se vuelvan pequeños de repente. Tienen magia en sus manos, en su mirada, en su voz. O es tal vez la fuerza de Dios que las hace invencibles. Me gustaría ser como ellas y no lo consigo. Me empeño en hacer las cosas a mi manera y así, poniéndome yo en el centro, no logro nada. Quisiera ver la luz en medio de la noche. Y la belleza entre mucha fealdad. La tosquedad convive con la belleza, la veta oscura y dura con la levedad de los vacíos. Saludar al que me ha hecho daño sin guardarle rencor es un don de Dios. Y volver a confiar en quien ha roto mi confianza me parece un auténtico milagro. ¿Cómo se perdona de verdad una infidelidad? ¿Es posible pasar página y seguir apostando por un amor que ha quedado tan herido? ¿Es posible volver a enamorarme cuando me he desenamorado con el paso de los años? ¿Tengo yo la culpa de estar vacío, sin luz, sin amor, sin esperanza? Me da miedo el juicio de los hombres que no entiende mis decisiones. No puedo decidir algo con lo que todos estén de acuerdo. Me asusta cometer errores y que exista siempre alguien a mi lado que me lo eche en cara. Creo en el perdón y en el olvido aun cuando sé que el camino hasta esa zona de mi vida es demasiado largo. Llevo grabado en el pecho las promesas que alguien me hizo, de eternidad, de fidelidad. Las mismas promesas que yo he hecho y que me repito para no olvidarlas. Hacer las cosas por los demás sin esperar nada a cambio es propio de los santos, de los que han visto a Dios en sus vidas y han tocado un amor mucho más grande, infinito. Me gustaría apaciguar la sed que tengo de tocar el cielo y vivir con calma cada día. Sin miedo, con paciencia. Aprovechando el instante sagrado que es presente. Aceptando que habrá alguien que opine sobre mi forma de hacer las cosas. Amar hasta el extremo parece una quimera, un sueño. ¿Dónde se encuentra el extremo del amor? ¿Quién decide cuándo ya es suficiente y no merece la pena seguir amando? Cuando uno se cansa de amar, sólo queda seguir intentándolo. Pero si uno de los dos no quiere luchar más es imposible recorrer nuevos caminos. No sale todo como espero y las cosas que he soñado no siempre se hacen realidad. Me gustaría abrazar la vida como es, los instantes presentes en los que camino. Me gustaría reconocer la verdad sin miedo a que haya sombras que oculten la belleza. Creo que la vida se juega en ese instante

en el que digo que sí a los planes de Dios en mi vida, tal como son, sin miedo. Cuando sonrío abiertamente y camino por los bosques de la existencia. No quiero dejar de ver el bosque, no deseo dejar de ver los árboles. **Camino de la mano de Dios, sin tener miedo.**

Quisiera que el amor de Cristo me apremiara siempre a estar con Él, a su lado, sin prisas, sin miedos. Me gustaría que su amor me consolara y calmara la sed de mi alma siempre. Necesito su descanso, su mano en mi espalda, su voz calmando mis miedos. Necesito su amor diciéndome cada mañana que todo vale la pena, que la vida es un regalo y que al final, seguro, todo saldrá bien. Su voz en mi alma es el bálsamo que me calma y aparta de mí lo que me quita la paz. Esos ruidos incesantes, esas voces llenas de negatividad que me aturden. Los miedos, la sensación de vacío, el desamor y el odio. Siento que puedo encontrar la paz más dentro de mí. Hay personas que me acercan a Dios, que me transmiten la paz. Hay almas en medio de mi camino que me orientan, que me recuerdan que mi vida merece la pena. Necesito que el amor de Dios me calme cada mañana, callo, guardo silencio, espero, confío. La desconfianza es un tumor que me destroza por dentro. Cuesta tanto construirla, es tan difícil levantar sus cimientos. Cuando parece que todo está ya firme algo sucede y se derrumba el edificio construido. Me gustaría que esa confianza nunca muriera. Quiero soñar con cosas grandes y no permitir que la desconfianza se adueñe de mi alma. No siempre es posible porque suceden cosas que echan por tierra mi seguridad. Alguien me decepciona, una persona me hiere con sus palabras y acciones, las cosas no resultan como esperaba. La confianza se derrumba. ¿Cómo se puede volver a confiar después de haber sido traicionado? ¿Cómo se puede creer en una persona que me ha fallado? ¿Cómo creer en promesas de amor que han sido olvidadas? No es tan fácil reconstruir la confianza que ha muerto. No se reaviva tan fácilmente. Hace falta un milagro, no hay olvido. La memoria me recordará siempre lo que ha pasado. Necesito tener confianza para poder caminar. Necesito creer en las personas para poder construir mi vida sobre roca sólida. Si no hay confianza miro el futuro con miedo y siento que todo se derrumba a mi alrededor. La confianza me permite mantenerme tranquilo en medio de la tormenta. Me permite creer que todo va a salir bien al final. Me obsesiono con lograr resultados que no llegan. Deseo alcanzar metas que se vuelven imposibles. Quiero creer en los procesos. La vida crece lentamente, a su ritmo, no puedo acelerarla. Miro el presente y aprendo a vivir el aquí y el ahora. Si tuviera ese don en mi vida, si supiera vivir de esa manera tan diferente. Cuando me enfrento con la enfermedad me siento abrumado. No sé qué pasará, no sé qué será de mis seres queridos. Una operación, un cáncer, una enfermedad desconocida. Vivir el momento es vivir de otra manera. Le doy importancia a lo importante y se la quito a lo que no merece tanto la pena. Cuando veo la vida desde la fragilidad la veo de forma nueva. Todo es un don, cada segundo que vivo, cada momento que disfruto. Dejo de quejarme y echarle en cara a los demás que no me hagan más fácil la vida. Dejo de buscar culpables de mis propios males. Acepto que no todo va a salir bien y confío en ese Dios que me ama y me ha llamado a dar la vida a su lado. En su presencia todo es mucho más fácil. Quiero aprender a confiar en su amor. No saldrán mis planes como esperaba, no todo resultará bien, no importa. En este camino de la vida todo es más fácil si confío, si me dejo guiar por un plan de amor que Dios ha pensado para mí. Su voz me calma por dentro. Recuerdo tantos momentos de paz en oración, al lado del Señor. Abandonarme es lo que necesito. Entregarle a Dios todo lo que me llena de miedos. No puedo controlarlo todo, es imposible. No puedo hacer que todas las cosas sean nuevas. No logro llegar al final de mi camino por mis propios méritos. Dios me ha regalado una sola vida y quiere que con ella haga milagros. Mejor dicho, quiere que la entregue para que así Él pueda hacer en mí milagros. Esa confianza es un don de Dios. No confío en que todo saldrá como yo espero, simplemente confío en que lo que suceda será lo mejor para mí aunque a primera vista no me lo parezca. No desea Dios mi mal, sino mi bien. No quiere que fracase, sino que triunfe. No desea que viva amargado sino lleno de felicidad, pleno. La esperanza se adueña de mi alma. ¿Será todo posible si me dejo guiar por su amor? ¿Todo posible si confío en su poder infinito? La vida puede ser maravillosa si aprendo a vivirla con alegría, confiando. Me gustan las palabras que susurra Dios en mi alma. Me dice que puedo llegar más lejos, subir más alto. Me recuerda que valgo mucho y soy una persona preciosa en su presencia. Me da paz su voz, me consuela su abrazo. Aprendo a vivir cada momento como un don sagrado. No le tengo miedo a lo que pueda suceder. Nada será tan grave que no tenga solución. Siempre habrá una puerta oculta que se abra cuando miles se cierran. Habrá una mano amiga que me socorra y una voz que repita mi nombre con alegría. Sé que puedo dar siempre algo más de mí mismo. No tengo miedo a sufrir, sólo a no entregarme por entero. No me asusta

fracasar sólo me da miedo no arriesgarlo todo por amor. La vida se juega en este presente que tengo entre mis manos y sé que puedo hacerlo todo mucho mejor si confío, si me dejo la vida, si aprendo a **abrazar el presente con una paz muy profunda en el alma. Con eso basta.**

Necesito motivación para hacer las cosas. No me basta con saber que las tengo que hacer. Necesito que la motivación, como una barita mágica, toque mi ánimo y lo levante y me saque de mi comodidad, de mis miedos. Es la motivación una necesidad que busco para ponerme en camino. Sean Parker, el cofundador de Facebook, decía: *«Cuando la gente recibe un like, recibe ese pequeño golpe de dopamina que les motiva a subir más contenido»*. Me hace falta la aprobación de los demás para hacer algo. Como si con tener el beneplácito de los que me rodean todo fuera más fácil. Me pongo en camino y las cosas funcionan. Siento que puedo lograr mis objetivos porque alguien fuera de mí me afirma, me reconoce en mi valor y me recuerda cuánto valgo. Siento que puedo dar más cuando una persona me dice que puedo hacerlo. La motivación me viene de fuera. Lo malo de verlo así es que buscaré continuamente la aprobación para seguir haciendo lo que hago. Si alguien me dice que canto bien, seguiré cantando. Si una persona me comenta que juego bien al fútbol, no lo dejaré tan rápido. La motivación positiva siempre es buena. Que me digan que soy listo, guapo, alto, joven, capaz, creativo. Todo eso aumenta mi autoestima y me pone en movimiento. Sin motivación no me levanto de la cama. Cuando estoy motivado soy capaz de subir a la montaña más alta. El camino más largo es corto cuando estoy motivado. Una reunión pesada y larga es llevadera cuando hay motivación. Decía el P. Kentenich: *«Éste es el fin de nuestra educación: hacer que los que nos han sido confiados tengan la disposición y la capacidad de vivir, por motivación e iniciativa propias, la vida de un hijo de Dios»*¹. La motivación desde fuera es importante pero el fin es que la motivación surja en mi interior de forma natural. Que esté motivado sin necesidad de que nadie desde fuera me anime a hacer aquello que quiero hacer. A veces veo a mi alrededor mucha desmotivación. Y en demasiadas ocasiones provocada por la falta de motivación exterior. Si no recibo los likes suficientes para estar contento, me frustro y dejo de hacer lo que estaba haciendo. Si dependo del éxito de lo que hago para seguir haciéndolo nunca voy a estar satisfecho. Me sentiré frágil, incapaz de lograr lo que deseo. La motivación exterior es importante para educar a los que están en camino, en su proceso. En realidad todos estamos en camino y siempre es bueno recibir el apoyo, el aplauso, una palmada en la espalda, un like. Siempre es positivo ver que lo que hago tiene un eco en este mundo y sirve para algo. Lo malo es cuando dependo de esa motivación exterior para seguir moviéndome. Es como si para rezar necesitara que otros a mi lado rezaran. O para estar cerca de Dios precisara que alguien me animara continuamente a hacerlo. Llegaré un momento en el que tendré que ser independiente y la motivación nazca en mi propio corazón. Pienso en las motivaciones que mueven mi vida. ¿Qué es lo que más me motiva en este mundo? ¿En qué cosas estoy suficientemente motivado para seguir actuando? ¿En qué otras cosas dependo de una motivación que venga de los que caminan a mi lado? ¿Podré llegar a subir solo una montaña o necesitaré que siempre alguien esté a mi lado motivándome en la subida? Se trata de educar personalidades autónomas con motivación interior propia. Personas capaces de sacar lo mejor de su corazón sin miedo, sin pudor. Quiero vivir motivado en todo lo que hago. No necesito que continuamente alguien me esté validando. Si fuera así nunca sería feliz del todo y decaería en mi ánimo porque es imposible que siempre y en todo lo que hago los demás me validen. Alguien habrá que me critique y juzgue. Quiero aprender a vivir sabiendo que no caigo bien a todo el mundo. Hay gente a la que le molesta mi forma de ser y comportarme. Puede ser porque ellos no están bien o porque yo mismo no lo haga todo bien. Lo cierto es que si espero a que todos y siempre me aprueben no haré nada. Dejaré sin hacer lo que quería hacer. Dejaré de luchar y viviré amargado pensando que el mundo no me quiere lo suficiente. Siento que puedo dar mucho más. No quiero dejar de luchar nunca. Roger Federer en un discurso comentaba: *«En el tenis, la perfección es imposible. De los 1.526 partidos de singles que jugué en mi carrera, gané casi el 80 por ciento. Ahora, ¿qué porcentaje de puntos creen que gané en esos partidos? Sólo el 54% -se respondió-. Cuando pierdes uno de cada dos puntos, aprendes a no fijarte en cada golpe. Es apenas un punto. Juegues a lo que juegues en la vida, a veces vas a perder. Es una montaña rusa con muchos altibajos. Y es natural, cuando estás abajo, dudar de ti mismo. Sentir lástima por ti. Pero la energía negativa es energía desperdiciada. Y el signo de un campeón es convertirte en un maestro de la superación de los momentos difíciles. Los mejores no lo son porque ganan todos los puntos sino porque saben que*

¹ King, Herbert. *King N° 5 Textos Pedagógicos*. José Kentenich

perderán una y otra vez y han aprendido a lidiar con ello». Vivir la vida de esta manera lo cambia todo. Cada punto es importante. Cada cosa que hago tiene un poder transformador en el mundo en el que vivo. Puede salir mal o bien. Puedo ganar o perder. En el presente el punto que estoy jugando es lo más importante. Una vez que pasa, lo gane o lo pierda, ya es pasado, no es importante. La motivación sigue mirando hacia delante. Puedo conquistar el siguiente punto, el próximo torneo, el desafío que tengo ante mis ojos. No pierdo la motivación después de una derrota. Me levanto y vuelvo a creer en mí mismo. No me relajo después de una victoria, sigo luchando con humildad, sé que hay mucho todavía por aprender. Vivir de esta manera despierta en mi interior la motivación. No dependo del aplauso del mundo para seguir luchando. Los gritos y los abucheos de los demás no lograrán apagar mi deseo de llegar a la meta. Quiero creer en lo que hay realmente en mi interior, no en lo que los demás piensan que tengo dentro. No me conocen, no saben cómo soy. Esa mentalidad es la que me enseña a vivir el ahora como una oportunidad y **a mantener viva la motivación en mi interior.**

La fidelidad es una gracia, un don que pido cada mañana al levantarme. El deseo de permanecer fiel donde Dios me ha puesto. Siento la tentación de abandonar la guardia y desaparecer. Hoy escucho cómo el pueblo de Israel se mantiene fiel al Señor que lo ha liberado de la esclavitud: *«El pueblo respondió: - ¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses! Porque el Señor nuestro Dios es quien nos sacó, a nosotros y a nuestros padres, de Egipto, de la casa de la esclavitud; quien hizo ante nuestros ojos aquellos prodigios y nos guardó en todo nuestro peregrinar y entre todos los pueblos por los que atravesamos. También nosotros serviremos al Señor: - ¡porque él es nuestro Dios!».* La fidelidad brota de un amor recibido que ha colmado el corazón. Como consecuencia de lo que han hecho conmigo yo me mantengo fiel. Me gustaría desgranar esos rasgos de la fidelidad que creo esenciales. Es casi como un test que me permite saber si soy o no una persona fiel en los compromisos que adquiero, con las personas a las que amo. Una persona fiel se caracteriza por su lealtad, constancia y compromiso hacia otra persona. Una persona fiel es leal. Apoya y se mantiene al lado de aquel al que quiere, incluso en momentos difíciles en los que esa persona pueda ser cuestionada. Es difícil ser fiel cuando no todo es tan claro. La lealtad es una virtud que uno espera de la persona amada. Que nunca diga algo de mí a mis espaldas, que se mantenga a mi lado cuando otros se alejan o me calumnian. La lealtad es un rasgo que admiro y me gustaría tener. No hablaré mal de ti, no diré nada que te pueda hacer daño. Permanezco leal, a tu lado, sin hablar mal de ti. Una persona fiel es siempre honesta. Es veraz en lo que dice. Deja transparentar lo que siente, lo que piensa. No tiene doblez y siempre se queda junto a mí, pase lo que pase. No miente para lograr un beneficio. No engaña para conseguir lo que desea. No se deja tentar por aquello que no es un bien en sí mismo. Una persona fiel es alguien comprometido por esa causa. Se dedica y entrega por entero. Es firme en el cumplimiento de la responsabilidad asumida. No se desentiende de las decisiones tomadas. Las acepta con alegría y no se baja nunca del barco incluso cuando se encuentre en medio de una tormenta. Encontrar personas comprometidas por aquello en lo que creen es un don de Dios. El compromiso hace crecer, es la responsabilidad de una persona madura que toma la vida como es sin querer cambiarla. La consistencia es un rasgo de las personas fieles. Esas personas son coherentes en su actuar. Dicen lo que piensan y hacen lo que dicen. Quieren y eligen aquello que dicen amar. Son sólidas como una roca y los vientos no lograrán acabar con su estabilidad. Me gustaría ser consistente en mi comportamiento. Me comporto en consonancia con mis creencias y mis principios. Una persona fiel es respetuosa. No fuerza la vida. No exige ser amada en la misma medida en la que ama. No pide fidelidad en el momento en el que es fiel. Respeta y valora los momentos de los demás, sus deseos, sentimientos y necesidades. Una persona respetuosa no me fuerza, no me obliga, no me presiona. Acepta cómo son las cosas. Las ama en su verdad. Una persona fiel no dice nada a nadie. Lo guarda todo en su corazón como un tesoro. Sabe que la confianza se construye con la confidencialidad. La discreción, la tranquilidad de saber que nunca me va a traicionar aquel a quien amo y en quien he depositado mi confianza. No habla de mí a otros, no cuenta las cosas que yo le he contado. No hace falta pedirle que lo guarde como un secreto. Esa persona es fiel y no me traicionaría nunca. La seguridad en mi discreción me convierte en alguien digno de confianza. Una persona fiel se la juega por aquellos a los que ama. Los apoya y es solidario siempre especialmente en momentos de mucha necesidad. Una persona fiel es fiable. Se puede confiar en ella. Nunca va a cambiar en su forma de pensar. Va a quedarse a mi lado y va a cumplir sus promesas y obligaciones. Esa fiabilidad es un rasgo que admiro en los demás y me gustaría tenerlo siempre. No voy a fallar por falta de compromiso. Voy a estar ahí porque tú lo necesitas. Ser fiel y

vivir con personas fieles hace posible que existan espacios seguros, donde uno puede encontrarse en casa y echar raíces. La confianza en las personas me permite crecer seguro y sin grandes heridas. Las traiciones me dejan roto por dentro. Cuando alguien me falla después de habérselo entregado todo. Cuando la persona a la que amo habla mal de mí y me condena a mis espaldas. Cuando no guarda los secretos que yo le había confiado. ¡Qué difícil volver a confiar después de haber sido traicionado! Es imposible confiar de nuevo, de la misma manera y creer en la verdad de la persona que dice amarme. **El miedo a que traicionen mi confianza me aleja de las personas que no son tan fiables.**

A Jesús lo siguen porque hace milagros, porque sana a los enfermos y resucita a los muertos. Lo admiran porque hace posible lo imposible y resuelve los misterios de sus vidas. Ven en Él la esperanza que les falta y sienten que hay alguien que les da sentido a sus vidas. Lo siguen porque les hace el bien y los salva. Lo siguen porque es bueno todo lo que les pasa. A veces es así también en mí cuando lo sigo si me van bien las cosas. Si tengo éxito y todos mis planes resultan bien. Lo sigo si me da paz su presencia y calma mis miedos. Tal vez me alejo o dudo cuando no es así. Algo sale mal, una desgracia, una enfermedad, un mal paso. Y entonces me alejo de ese Dios que no sabe resolver mis problemas ni encontrar una solución a mis problemas. Huyo de un Dios impotente que no hace los milagros que le pido. Pierdo la fe en su amor y dudo de esa presencia que en algún momento en mi interior fue sanadora. Sus palabras dejan de hacerme sentido y su luz se vuelve oscura. Ya no lo siento, no lo veo, no lo escucho. Quizás es lo mismo que les sucedía a los que seguían sus pasos en la tierra. Lo siguen muchos porque escuchan sus palabras y sienten que les habla a ellos, los anima a seguir luchando, los llena de esperanza. Son palabras que elevan el espíritu y hacen que el corazón se emocione. A mí me pasa igual, escucho al que me dice lo que quiero oír y me escondo del que dice verdades que me hacen daño. Huyo del que quiere mi cambio al hablarme y espera algo de mí que no quiero darle. Los que escuchan las palabras de Jesús quedan conmovidos porque esas palabras tienen autoridad. Jesús habla con una autoridad que ni los fariseos ni los escribas poseen. Jesús es sabio en el hablar y está iluminado por el Espíritu. A veces en la vida me gustan las palabras bonitas, las que me reafirman en mis puntos de vista, en mis posiciones, las que me hacen creer en lo bueno que hay en mi corazón. La palabra tiene un poder creador en el que la escucha. Si te digo que tú puedes luchar y lograr lo que persigues te estoy dando alas para volar en aras de alcanzar tus sueños. Puede que no lo consigas, puede que sí. Lo que está claro es que mis palabras positivas y llenas de esperanza te han dado fuerzas para luchar más en el camino. Te reafirman en tu lucha por alcanzar la meta, aunque esta no siempre sea posible. No importa. Si mis palabras vienen de Dios están llenas de luz e iluminan. No siempre mis palabras serán comprendidas y aceptadas. Habrá personas que las rechacen porque encuentran que son hirientes o simplemente no quieren cambiar de vida y mis palabras les resultan demasiado exigentes. Suele ser así cuando estoy metido en la oscuridad de mi pecado, de mis relaciones que me hacen daño y no quiero salir, no quiero escuchar. No quiero porque no puedo, no tengo fuerzas, no soy capaz. Y tus palabras no logran sacarme de mi cueva donde me recreo en mi mala suerte, en lo que me ha ocurrido. A veces no comprendo las palabras que me dicen y hago como si no las escuchara, me alejo del que las pronuncia, porque me hacen daño. Las palabras de Jesús no siempre son tan claras, a veces sus palabras confunden e incluso escandalizan, son como un cuchillo que penetra el alma: *«El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él»*. El pueblo judío no comía la carne de ciertos animales. Menos aún la sangre que era la vida. Era impura esa mujer hemorroisa que tenía flujos de sangre. Comer carne y sangre es algo impuro, no es de Dios. Menos aún si se trata de la carne y la sangre de un hombre. Es una barbaridad. Con la perspectiva que me da el tiempo y conocer la vida de Jesús puedo ver que esas palabras son bonitas. En cada eucaristía como el cuerpo de Cristo y bebo su sangre. Y repito las palabras de Jesús en la última cena. Me siento en paz, feliz de ser parte de aquellos que participan de su cuerpo y de su sangre. ¿Habría alguien en ese grupo de hombres que escuchaban el discurso de Jesús que entendiera este mensaje? Nadie, sin duda. Son palabras que escandalizan y duelen. Algunos, los más cercanos, creerían en esas palabras sin comprender. ¿Se habría vuelto loco Jesús al decir tales cosas que despertaban el rechazo? La reacción es la esperada: *«En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús, dijeron: - Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?»*. Son palabras duras que nadie podía entender. No tenían la capacidad de hacerlo en ese momento. Hay palabras que yo tampoco entiendo en mi vida. Palabras que resuenan y me hacen pensar en lo que Dios quiere para

mí. No sé interpretarlas y las guardo en mi corazón sin entender. Quizás algún día el Espíritu Santo me revele su significado. No tengo que entenderlo todo ahora. No es el momento. Acepto las palabras en mi corazón y me siento unido a Jesús por una fe que no claudica, no decae. **Creo en su poder.**

Jesús se sorprende al ver que sus palabras son motivo de escándalo: *«Sabendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: - ¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, hay algunos de vosotros que no creen».* Le sorprende que no entiendan. No siempre el corazón está preparado para comprenderlo todo. *«Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: - ¿También vosotros queréis marcharos?».* Muchos lo acompañaban y creían en Él. Pero esos días sus palabras provocaron que dejaran de creer y acompañarlo. Se alejaron de Él y huyeron de su presencia. Me conmueve esta situación. A Jesús lo admiran, lo siguen. Escuchan sus palabras y se conmueven. Pero cuando empieza a hablar palabras más difíciles y duras, se alejan. Dejan de creer, buscan a otros que tengan palabras más suaves. Quiero seguir siempre a Jesús. No alejarme de Él. Su pregunta hoy penetra mi corazón. ¿También yo quiero marcharme? ¿Sus palabras me escandalizan? Es posible. No lo comprendo todo y las cosas no siempre me resultan como yo quisiera. No logro alcanzar la meta que sueño. Tiemblo, me duele el alma. Quisiera ir más lejos, llegar más alto. Dudo de sus palabras. ¿Será verdad todo aquello en lo que creo? No quiero que sus palabras me escandalicen. No quiero marcharme y hago mías las palabras de Pedro: *«Simón Pedro le contestó: - Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».* ¿A quién voy a ir? Es verdad, dudo, tiemblo. Hoy escucho: *«Josué dijo a todo el pueblo: - Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros antepasados al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor».* A veces me resulta duro seguir su palabra, hacer lo que desea de mí. Quiero recordar que el Señor es siempre bueno. Así lo he rezado hoy en el salmo: *«Gustad y ved qué bueno es el Señor. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias; el Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libra el Señor; él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará».* Es bueno conmigo, misericordioso. Me ama con locura y no me deja solo. Me protege cuando me pierdo y está a mi lado cuando más lo necesito. Hoy mucha gente se aleja de Dios cuando la vida no les sonríe. No lo buscan porque creen que no tiene poder, es un Dios indefenso, impotente. Un Dios que no logra sanar sus vidas. No logra responder a todas sus preguntas. Un Dios que calla como ausente. ¡Cuántas personas han dejado de buscar a Dios! No lo necesitan, no les da vida ni alegría. Y lo abandonan en medio del camino de sus vidas. Tengo que elegir a quién quiero servir. Tengo que optar por el camino mejor hacia Dios. ¿Dónde puedo encontrar esa paz que me falta? ¿Quién me alegrará el corazón? La vida es muy larga y las dudas que alberga el corazón son muchas. ¿También yo quiero abandonar a Jesús como muchos lo hacen? ¿También yo quiero dejar de ser fiel y dócil, sumiso y obediente? El corazón se deja seducir. El mundo, las promesas de plenitud que escucho, que siento. No logro ir tan lejos como quisiera. ¿Dónde podría ir lejos de Dios? No necesito grandes experiencias. Momentos de descanso en el Espíritu. Revelaciones que me dejen temblando. No necesito una emoción que recorra mis entrañas ni una promesa tan clara que no pueda cerrar los ojos a su verdad. No necesito cosas extraordinarias que me hagan creer en una vida diferente a la que tengo. Me basta con escuchar su voz en mi corazón y seguir sus pasos. Me basta con quedarme a su lado escuchando, calmado, en paz. Me basta con escrutar en lo más hondo de mi corazón deseando encontrar respuestas. Me basta con saber que sus palabras me dan vida. Quiero vivir con el Jesús de mi camino que no me ha hecho grandes revelaciones. No ha habido demasiados milagros extraordinarios. No me ha persuadido con una llamada fuera de lo normal. Siempre ha estado junto a mí acompañándome en silencio. Su voz llena mi alma. Su silencio calma mis ruidos. Su verdad opaca todas mis mentiras. Quiero ser amigo de Jesucristo. No quiero alejarme de su presencia. La verdad me hará libre. El amor que he descubierto en mi vida me lleva a mirar al cielo. No preciso que me diga palabras comprensibles ni siquiera que haga coincidir en mí todo de forma milagrosa para que no pueda dejar de creer. Quiero creer sin nada que me dé seguridad. Creer en su poder por encima de todos mis miedos. Saber que siempre va a estar cerca de mí sujetando todos mis miedos. Me basta con saber que está a mi lado. **Yo no me iré como otros, porque quiero ser fiel. Le pido que me dé su fuerza para permanecer a su lado.**